CUENTO N° 70

TÍTULO: LA ENTREVISTA

SEUDÓNIMO: HELIOGÁBALO MARDONES

La entrevista **Heliogábalo Mardones**

Don Julio se había preparado concienzudamente para la entrevista. Mientras se anudaba la corbata frente al espejo del baño, recorría mentalmente el contenido de la carpeta a presentar con sus antecedentes.

“Currículo...experiencia laboral...recomendaciones...”

Estaba nervioso y durante los últimos tres días, desde que le confirmaron la reunión, repitió como un obseso la misma letanía una infinidad de veces en su cabeza. Después de todo, llevaba varios meses sin trabajo y a su edad esta era una oportunidad escasa (por no decir única) que no pensaba desaprovechar, aferrándose a ella con dientes y uñas, tal como se aferra un náufrago del madero a la deriva. Para ser exactos, a esas alturas don Julio ya estaba desesperado y no quería siquiera pensar en su reacción, en el caso de ser rechazado nuevamente.

Empleado público por tradición familiar, trabajó durante muchos años como burócrata anónimo, viviendo estrechamente pero sin mayores sobresaltos. Se casó ya maduro y estaba logrando cumplir con la dura tarea de sostener a su familia -su mujer y tres hijos: Julito, la Leticia y el Pepo- hasta que... Cuando evocaba ese momento nefasto algo volvía a quebrarse en su interior, le ardía el corazón y los ojos se le ponían vidriosos, con ese llanto contenido de los hombres grandes.

“Reducción del gasto fiscal” había dicho el Presidente a través de los medios informativos.

“Un Estado eficiente y moderno”, acotó algún ministro. Se veía venir, y se vino nomás. El jefe convocó a todo el departamento en la sala de reuniones del cuarto piso y después de dorarles la píldora un rato largo (con Nescafé y galletas, para suavizar el trámite) abrió la carpeta que tenía delante y comenzó a leer la lista de los exonerados.

¡Qué palabra! Don Julio creyó ver nítidamente como la letra “X” crecía y se multiplicaba para ir a estamparse sobre la cara de aquellos a quienes se iba nombrando. Fue el último de la lista y por un instante acarició la vana esperanza de salvarse. Cuando dijeron su nombre, Julio Duval, sintió que la frágil burbuja de seguridad que había construido laboriosamente en torno a su vida durante años, explotaba. Y entonces todo se vino abajo estrepitosamente, como en aquellas viejas películas bíblicas que solía ir a ver cuando niño al cine de su barrio, en las que Sansón, con su fuerza formidable, empujaba dos columnas y se derrumbaba la ciudad entera. Con la diferencia de que el héroe legendario siempre terminaba siendo salvado por Dios, en cambio nada había impedido que a él le cayera el mundo directamente sobre la cabeza.

De lo que sucedió después era mejor ni acordarse. Largas horas vacías esperando, siempre esperando. Que le respondieran alguno de los innumerables currículos que mandó, el sorteo del Kino los fines de semana, algún milagro, cualquier cosa. Hasta que por fin, después de tanto insistir, se había abierto esta pequeña brecha y aunque el miedo no cesaba de morderle las entrañas, estaba dispuesto a jugársela y dar la pelea.

Llegó a la hora exacta, vestido con elegancia un poco pasada de moda, pero elegancia al fin. Mientras subía en el ascensor y se miraba de reojo en el espejo revisando, una vez más, todos los detalles de su aspecto, la cabeza le trabajaba febrilmente tratando de imaginarse el desarrollo de la entrevista. En esos pocos segundos, transitó varias veces desde la euforia del triunfo a la angustia de la derrota.

La recepcionista lo hizo pasar a una sala de espera, donde se entretuvo mirando réplicas de cuadros famosos que decoraban las paredes del recinto intentando, sin demasiado éxito, detener el pánico que amenazaba con paralizarlo. Cuando se acordó de sus hijos (“¡negritos queridos!”), le volvió el alma al cuerpo y comenzó a recuperar la confianza en sí mismo. A los pocos minutos, entró un ejecutivo joven y atlético que lo saludó con la fría indiferencia típica de esa subespecie de

máquinas humanas. Don Julio se puso en pie con dinamismo, se alisó el bigote y hundió automáticamente la panza.

“¿Señor Duval? Venga conmigo”, dijo el autómata.

“¿Qué va primero, la entrevista o el test sicológico?”, preguntó don Julio, para romper el hielo antártico que emanaba de su anfitrión.

“Nada, nada, no se preocupe”, contestó maquinalmente el robot perfecto.

Mientras caminaba a su lado, Duval tuvo la nítida sensación de que iba penetrando en un universo completamente nuevo y desconocido para él, muy distinto al mundo de las oficinas públicas que le era tan familiar. Los pisos alfombrados, ambientes perfectamente climatizados, ventanales a través de los cuales casi se podía tocar la cordillera, exhibían impúdicamente ante sus ojos el poder del dinero. No pudo evitar sentirse intimidado.

El androide se detuvo frente a una puerta, la abrió y lo hizo pasar. Al ingresar a la habitación, su desconcierto fue tan grande que estuvo a punto de devolverse creyendo que se había equivocado de empresa. El recinto no era demasiado amplio, con una luz intensa pero difusa y las paredes sin ventanas estaban

pintadas de un color verde-agua, como las de aquella clínica del barrio alto que alguna vez conociera, al visitar a un pariente adinerado.

Distribuidos en su interior, vio una serie de aparatos de laboratorio y al centro un sillón reclinable como de dentista.

“Pase, pase y tome asiento”, dijo una voz femenina.

La mujer apareció detrás de un biombo, vestida con una cotona perfectamente blanca y guantes quirúrgicos. Don Julio estaba petrificado por la sorpresa, sin saber cómo interpretar lo que estaba sucediendo. ¿Dónde crestas había ido a parar? Su turbación era tan intensa que por un momento creyó estar sufriendo

un súbito ataque de Alzheimer.

“No se asuste, soy la doctora Infante. Esto será muy rápido y no le causará ninguna molestia. Siéntese por favor”.

Obedeció dócilmente, como niño asustado y la doctora se ubicó a sus espaldas. Mientras estaba terminando de acomodarse en el sillón, sintió un leve pinchazo en el cuero cabelludo y cuando se volvió a mirar lo que la mujer hacía, la vio introducir un cabello suyo en un frasquito y etiquetar la muestra. ¡Un pelo, le había sacado un pelo! ¿De qué se trataba todo esto?

Aunque él se consideraba alguien capaz de adaptarse casi a cualquier situación, ahora sí que no entendía nada.

Al salir de la habitación, el hombre-máquina lo esperaba en el pasillo y mientras

regresaban por donde habían venido le explicó que los resultados estarían listos en unos veinte minutos. Don Julio, que después del shock previo ya había conseguido estabilizarse y recobrar en parte su aplomo natural, estaba comenzando a irritarse.

“¡Los resultados de qué...!”, casi gritó con voz seca.

“De la entrevista para postular al empleo, por supuesto”.

“¡Pero cómo! Si no hubo ninguna entrevista...”

“Nada, nada, no se preocupe. Espere aquí”, ordenó enfáticamente el humanoide,

utilizando la misma fórmula con la que lo había recibido al llegar.

Mosqueado, don Julio se hundió en un sillón de la sala de espera mientras se esforzaba por entender. Recién entonces se percató de que ni siquiera le pidieron la carpeta con sus antecedentes, aquella que con tanto esmero había preparado.

Para un hombre sensato y lleno de sentido común como él, lo que estaba sucediendo no tenía ninguna explicación lógica pero le resultaba aún más incomprensible que una empresa que parecía seria se burlara así de la gente. Comenzó a pasearse agitadamente por la habitación y cuando consiguió

calmarse un poco, se dijo en voz alta: “a un Duval no se lo pichulea nadie”. Él era un ser humano y tenía dignidad, sí señor, no merecía ser tratado como un mueble al que se lo lleva de aquí para allá o se lo desecha sin más. Le debían una explicación, de modo que decidió exigir -sí, exigir- una audiencia inmediata con el gerente y cuando ya caminaba vigorosamente hacia la puerta para ejecutar su plan, entró una secretaria que le entregó otra carpeta con el logotipo de la empresa. Casi sin pensarlo, don Julio la abrió.

Se trataba de una especie de informe cuyas primeras páginas contenían una serie de tablas llenas de letras, que no logró descifrar. Las pasó rápidamente hasta llegar a la última, cuyo título consignaba lo siguiente: “Informe del postulante Julio Duval, en base al análisis de su código genético”. Más abajo leyó: “los resultados del estudio al genoma del sujeto indican que no reúne las aptitudes para el cargo. Se ha detectado una anomalía claramente identificable en el gen 3.421, que señala una marcada tendencia a la apatía y la depresión”.

Firmaba la doctora Alicia Infante.

Arrojó con rabia el legajo sobre la mesa de centro y apretó los puños, mientras sentía que los capilares del rostro se le inundaban de sangre. ¡Apático él! ¡Depresivo! ¿Cómo podían afirmar una cosa así sin siquiera conocerlo? Si jamás lo habían visto jugar al fútbol en el equipo del Ministerio, transmitiéndole garra a sus compañeros a grito pelado cuando iban perdiendo. O estimular a sus hijos, animándolos a superarse cuando no entendían una materia en el liceo. Depresivo él, que jamás en su vida tomó un tranquilizante ni visitó al sicólogo, aún en los peores momentos... ¡Con qué derecho...!

Don Julio salió a la calle y quedó deslumbrado por la brillante luz del cielo primaveral.

Durante ese breve instante de ceguera tuvo una revelación: “el mundo es una paradoja. Ha cambiado tanto que ya casi no soy capaz de reconocerlo pero, al mismo tiempo, no ha cambiado nada”. Caminó hacia la entrada del metro sin mirar

a la gente que transitaba a su alrededor y se hundió bajo la tierra, como un pequeño sol al atardecer.

Lo que ocurrió de ahí en más ya es otra historia. Lo cierto es que la familia Duval Gárate consiguió salir a flote y se las arregló para sobrevivir, en medio de esta realidad desconcertante. Mucho tiempo después, cuando don Julio evocaba aquel episodio insólito, siempre marcaba con ironía el hecho de que estuvo a un pelo de conseguir ese estupendo empleo.